

LIBRO DE MATEO

Lección 11, Capítulo 4 y 5

Nuestra lección anterior en Mateo, capítulo 4, terminó en un momento en que Cristo estaba reuniendo a Sus primeros discípulos. Que los maestros y hombres santos reunieran discípulos no era nada nuevo; de hecho, el Evangelio de Juan dice que Andrés era discípulo de Juan el Bautista antes de convertirse en uno de los dos primeros discípulos de Yeshua.

Una característica interesante acerca de los discípulos y sus Maestros en el siglo I era que siempre eran los discípulos quienes escogían a sus Maestros. Había muchos maestros y hombres santos entre los cuales escoger si un hombre judío quería seguir ese camino y elegir el estilo de vida o la causa que alguno de estos muchos Maestros defendían. Ese también era el caso de los discípulos de Juan el Bautista. Pero, como vemos, Yeshua (el Maestro) escogió a Sus discípulos; ellos no lo escogieron a Él.

Dado que parece evidente por los escritos del Nuevo Testamento que los judíos creían que estaban viviendo en los Últimos Tiempos, la creencia de que Elías reaparecería y desempeñaría un papel importante en aquellos tiempos turbulentos estaba siempre presente. Así, vemos que muchos cientos de años antes, en otros tiempos turbulentos, fue Elías quien identificó y luego escogió a Eliseo (el Maestro escogió al discípulo), y no al contrario, como normalmente ocurría. En 1 Reyes leemos:

CJB 1 Reyes 19:19-21 19 Así que él (Elías) se fue y encontró a Eliseo, hijo de Safat. Estaba arando con doce yuntas de bueyes; él mismo estaba detrás de la duodécima. Eliyahu se acercó a él y arrojó sobre él su manto. 20 Él dejó los bueyes, corrió detrás de Eliyahu y dijo: «Por favor, déjame besar a mi padre y a mi madre para despedirme; entonces te seguiré». Él respondió: «Ve; pero regresa, debido a lo que te hice». 21 Eliseo dejó de seguirlo. Entonces tomó la yunta de bueyes, los sacrificó, cocinó su carne sobre los yugos de madera de los bueyes y se la dio a la gente para que comiera. Después se levantó, fue tras Eliyahu y se convirtió en su siervo.

En su Evangelio, el apóstol Juan reitera el mismo principio acerca de quién es quien escoge cuando registra las palabras de Yeshua a Sus discípulos:

CJB Juan 15:16 16 Ustedes no me escogieron a mí, yo los escogí a ustedes; y los he comisionado para que vayan y den fruto, fruto que permanezca; para que todo lo que pidan al Padre en mi nombre, él se los conceda.

Hagamos una pausa y volvamos a leer una sección de Mateo 4.

VOLVER A LEER MATEO CAPÍTULO 4:18 - Hasta el final

Antes de hablar de algunos otros hombres que Jesús reclutó, notemos que no se registra que los candidatos preguntaran «¿por qué?» deberían seguirlo. La redacción hace parecer que hubo una aceptación inmediata y que simplemente se levantaron y se fueron con Él. De hecho, lo que Jesús ofreció no fue una invitación, sino una orden. La pregunta lógica es: ¿por qué estos hombres obedecerían y lo seguirían?

La respuesta a esta pregunta gira en torno a quién pensaban que eran estos futuros 12 discípulos, y los muchos otros judíos que lo buscarían, o qué era lo que Él representaba para ellos. Para tratar de arrojar luz sobre este asunto, hagamos lo que creo que encontrarán como un desvío interesante.

En los días de Yeshua existía un tipo de hombre judío llamado **Tzadik**. Aunque literalmente significa «justo» o «hombre justo», para los judíos de aquella época indicaba más bien a un «Hombre Santo». Estos Hombres Santos eran obradores de milagros que, entre otras cosas, sanaban enfermedades, discapacidades y heridas en el nombre del Dios de Israel. El profesor David Flusser ha realizado una excelente investigación acerca del importante lugar que estos Hombres Santos ocupaban en la antigua sociedad judía, y señala literatura rabínica que dice que unos pocos años antes del año 70 d.C., antes de la destrucción del Templo por Roma, 4 de estos Hombres Santos eran bien conocidos y respetados en la Tierra Santa. Curiosamente, 2 de ellos eran de Galilea. Uno se llamaba Hilkia y el otro Hanina Ben Dosa. La comunidad judía creía que estos **Tzadikim** tenían dones divinos y estaban mucho más cerca de Dios que el hombre promedio.

Recordemos que en los días de Cristo la creencia de los judíos era que la era de los profetas (del tipo del Antiguo Testamento) había terminado. Los profetas eran los obradores de milagros de aquella era pasada y ahora, alrededor del comienzo del siglo I, los obradores de milagros eran estos **Tzadikim** (Hombres Santos). No parece haber habido muchos de ellos. Es difícil saber exactamente cuándo surgió esta era de los **Tzadik**,

pero debió haber sido al menos tan temprano como el año 65 a.C., porque la leyenda de Honi, el que hacía círculos, proviene de esa época. El Talmud babilónico cuenta la historia de Honi durmiendo durante 70 años y luego muriendo poco después de despertar. La historia se refiere a él como un **Tzadik**... literalmente, un hombre justo; pero para los judíos eso significaba que Honi ocupaba la honrosa posición de Hombre Santo. Aunque la historia misma es altamente improbable, el punto es que Honi realmente existió en aquella época y, ciertamente, era considerado un Hombre Santo que obraba milagros.

Siendo los escribas los principales dirigentes y autoridades del sistema de las sinagogas (la élite de los fariseos), eran sumamente reverenciados. Como tales, tenían sus egos y tendían a ver a un Hombre Santo itinerante como competencia, porque la gente común acudía en masa a un **Tzadik** con la esperanza de ser sanada de sus diversas dolencias (algo que los escribas ciertamente no podían hacer); por lo tanto, existía una tensión natural entre ambos.

También se sabe de estos pocos Hombres Santos que practicaban la pobreza. Esta era una diferencia refrescante entre ellos y los aristocráticos saduceos o los escribas acomodados; así que, por supuesto, el judío común (que generalmente estaba lejos de ser rico) sentía una mayor conexión con estos Hombres Santos que no tenían posesiones ni pretendían ser algo que no eran. También era, más o menos, la norma que estos **Tzadikim** realizaran sus milagros de sanidad en privado y, a menudo, en secreto, para no glorificarse a sí mismos. Les pregunto ahora que piensen: ¿a quién podría recordarles esto en el Nuevo Testamento? Por supuesto: a Cristo. Lo vemos caracterizado en los Evangelios como un Hombre Santo judío (reconociendo que, en realidad, Él era mucho más que eso). Leemos acerca de Yeshua sanando constantemente a los enfermos, expulsando demonios y, en general, relacionándose con la gente común, los pobres y los cojos. De hecho, fueron Sus obras milagrosas las que atrajeron a cientos de personas hacia Él y las que le ganaron tal seguimiento entre la gente común. Pero también le provocaron la ira de las autoridades religiosas, quienes no podían hacer lo que Él hacía y, por lo tanto, lo veían como una amenaza.

Estos obradores de milagros son descritos por rabinos posteriores como considerados «hijos de Dios». No «Hijo de Dios» en el sentido cristiano en que pensamos en Jesucristo como el Hijo de Dios, literalmente Dios en la tierra, sino más bien en el sentido cultural judío de que esta persona excepcional tenía una misteriosa cercanía con Dios que el judío promedio jamás podría esperar alcanzar. No es muy diferente de cómo algunos se

refieren a los pastores o sacerdotes como «hombres de Dios». No queremos decir que sean parte humanos y parte Dios; simplemente queremos decir que han dedicado sus vidas a Dios y que Él ha respondido dándoles una relación, capacidad y posición especiales para realizar la obra de Dios en la tierra. Por lo tanto, el término «hijos de Dios» era una especie de título honorífico destinado a explicar lo que, de otro modo, resultaba inexplicable acerca de cómo y por qué podían realizar las sanidades milagrosas que hacían.

No fue sino hasta la última parte del siglo XX que descubrimos que estos enigmáticos **Tzadikim** de los días de Jesús y anteriores tenían conciencia personal de que los extraordinarios poderes de sanidad que habían recibido como don se debían a que, por alguna razón desconocida, Dios los había escogido y los había hecho «hijos de Dios».

Leemos a Jesús diciendo esto en Mateo 11:

CJB Mateo 11:25-27 25 En aquel tiempo Yeshua dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas de los sofisticados y educados y las has revelado a la gente común. 26 Sí, Padre, te doy gracias porque te agradó hacer esto. 27 «Mi Padre me ha entregado todo. En verdad, nadie conoce plenamente al Hijo excepto el Padre, y nadie conoce plenamente al Padre excepto el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera revelarlo».

Esto nos parece una proclamación extraordinaria de Yeshua, quien aquí anuncia Su propia conciencia acerca de quién es y que, debido a ello, le han sido dadas revelaciones acerca de los misterios de Dios, algunos de los cuales transmite a la gente común. Y, sin embargo, tras el descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto, encontramos que la premisa subyacente de que un hombre especialmente justo, un Hombre Santo, recibiera una visión de los misterios y del poder del Padre no era algo nuevo. Así que la declaración de Cristo tuvo para la mayoría de los judíos el efecto de confirmar su opinión de que Él era un Hombre Santo. Entre los varios llamados Himnos de Acción de Gracias de aquel increíble tesoro de rollos encontramos varios himnos esenios. El prefacio de este himno en particular dice: «su mensaje será prudencia para los sencillos». Es decir, el mensaje de este himno habla de un **Tzadik** diciendo algo profundo, pero está destinado a los oídos de la gente común y no de la élite. Escuchen atentamente, porque suena casi exactamente como el pasaje que acabo de citarles de Mateo 11, que salió de la boca de nuestro Mesías. Lo repito: lo que estoy a punto de recitarles no proviene de las

Escrituras, ni del Antiguo ni del Nuevo Testamento, sino de un escritor anónimo de los Rollos del Mar Muerto, quien solo puede estar escribiendo desde la posición de ser un Hombre Santo.

«A través de mí has iluminado el rostro de muchos, y has mostrado Tu infinito poder. Porque me has dado conocimiento de Tus maravillosos misterios, y Te has mostrado poderoso conmigo mediante Tus maravillas. Has hecho maravillas delante de muchos para gloria Tuya, para que den a conocer Tus poderosos hechos a todos los vivientes».

Este es el punto: este himno esenio habla del atributo de Dios de obrar maravillas (milagros) a través de este hombre especialmente justo, un Hombre Santo, un hijo de Dios. Y este Hombre Santo está dando gracias a Dios y glorificándolo por el conocimiento divino de los misterios celestiales y por el don de ejercer la capacidad de realizar grandes obras que proviene del poder de Dios y no del suyo propio. Para la mente y la cultura judías, Yeshua encajaba perfectamente en la identidad de un **Tzadik** auténtico; Él era un Hombre Santo que obraba milagros. El fenómeno de un Hombre Santo no era algo nuevo, sino algo maravilloso que parecía aparecer solo ocasionalmente, de manera inesperada y según la voluntad de Dios. Y cuando aparecía un Hombre Santo, la gente naturalmente entendía que la prueba de sus credenciales eran sus poderes milagrosos de sanidad. La noticia de la llegada de un Hombre Santo se difundía rápidamente y los judíos acudían en masa a él buscando alivio para toda clase de enfermedades. Los Hombres Santos eran hombres del pueblo común, no hombres de la élite. Los Evangelios presentan a Jesús exactamente en este papel; pero, por supuesto, los escritores de los Evangelios también exaltan la alegría de que Él era mucho más que esto: también era el Libertador largamente esperado. Él era el Mesías prometido por Dios. Por lo tanto, ni siquiera las afirmaciones de Yeshua de ser el Hijo de Dios fueron negadas por el pueblo en general, ni esas afirmaciones parecían extrañas, porque se creía que todo Hombre Santo que aparecía y desaparecía era un hijo de Dios. Lo que no entendían era que, para Cristo, ser el Hijo de Dios era algo único y plenamente literal, en oposición a ser un título honorífico.

Ahora volvamos a la pregunta que planteé antes de comenzar este desvío: ¿por qué estos pescadores y posteriormente otros (que no parecen haber tenido ningún contacto previo con Él) simplemente se levantarían y seguirían a Yeshua porque Él se los ordenó? Fue porque lo reconocieron como un Tzadik: un obrador de milagros; un hijo de Dios. Un Hombre Santo cuya persona y atributos eran conocidos, bien recibidos

y comprendidos dentro de la sociedad judía. Probablemente habían oído hablar de Él porque el Evangelio de Lucas dice que, después de las 3 tentaciones, Yeshua regresó a Galilea, comenzó a enseñar en las sinagogas y Su reputación comenzó a extenderse ANTES de que comenzara a nombrar discípulos. Noten cómo, en nuestro Himno Esenio, este Hombre Santo transmitiría los misterios del Cielo que había aprendido, enseñándolos a la gente común. Sospecho que la gente percibía que Él era algo más que un Hombre Santo típico, pero incluso si no lo fuera, ser un Hombre Santo ya era suficientemente emocionante. No iban a cuestionar los motivos de este **Tzadik** para quererlos como Sus seguidores. Por lo tanto, sería un honor indescriptible estar en Su círculo íntimo y probablemente les traería algún tipo de beneficio o un estatus superior. Entiendan: en este momento estos discípulos tenían muy poca idea de quién era realmente Yeshua y de lo que su discipulado finalmente significaría o adónde los conduciría.

Después de escoger a Andrés y Pedro, Yeshua también encontró a otro par de hermanos pescadores y los escogió. Así que los primeros 4 discípulos eran pescadores. Detengámonos un momento: ¿hasta qué punto debemos espiritualizar o hacer una aplicación del hecho de que los primeros 4 discípulos fueran pescadores? Yo digo que no tanto como a menudo se hace. Recuerden: Yeshua ahora vivía en Capernaum, una ciudad a orillas del mar. La pesca era una de las principales, si no la principal, industrias para los habitantes de Capernaum. Y encontramos a Yeshua caminando por la orilla del mar, así que era inevitable que se encontrara con algunos pescadores.

Los pescadores, a pesar de lo que quizá hayan escuchado, no eran personas sin educación ni analfabetas. La pesca no era una ocupación de último recurso. La pesca era lo que hoy llamaríamos un trabajo de clase trabajadora. Generalmente eran hombres de familia felices que se ganaban una vida sencilla pero suficiente. Sabían leer y escribir y probablemente hablaban y entendían al menos dos idiomas: hebreo y arameo. Algunos también tenían un conocimiento funcional del griego (aunque no lo hablaran con fluidez), porque Capernaum estaba situada en la importante ruta comercial Via Maris y conocer algo de griego era necesario para hacer negocios. Ellos y sus familias comían parte de su pesca, pero vendían la mayor parte en los mercados locales. Asistían a las sinagogas, viajaban a Jerusalén para algunas de las fiestas bíblicas y tenían un nivel modesto de conocimiento de las Escrituras. Pero... y esto es importante... como todos los judíos que no pertenecían a la élite, el principal conocimiento y comprensión religiosa que poseían provenía de la Tradición, porque su lugar de aprendizaje era la sinagoga, donde

floreecía la Tradición impulsada por los fariseos. Se sabía que Yeshua había sido criado y había vivido en el mismo ambiente, asistía a las mismas sinagogas y no había recibido formación religiosa formal. Por lo tanto, Su capacidad para enseñar la Torá y los Profetas a un nivel extraordinario simplemente aumentaba Su reputación y Su mística como un Hombre Santo por excelencia.

La segunda pareja de hermanos a quienes Yeshua ordenó convertirse en Sus discípulos fueron Ya'akov y Yochanan, hijos de Zavdai. Nuestras Biblias en inglés llamarán a estos dos hombres Santiago y Juan. Santiago es una traducción terrible porque Ya'akov se traduce como Jacob, no Santiago (aunque, para evitar confusión, usaré su nombre cristiano tradicional). Se sostiene ampliamente que esta extraña traducción surgió en honor al rey Jacobo, quien ordenó y patrocinó la creación de la Biblia King James. Juan, décadas después, se convirtió en el escritor de Apocalipsis, del Evangelio de Juan y de las tres epístolas: 1.^a, 2.^a y 3.^a de Juan (¡no está mal para un antiguo pescador!). Así como Andrés y Pedro inmediatamente dejaron sus redes y sus barcas ante la orden del Mesías, también Santiago y Juan lo hicieron. Entonces, ¿significa esto que literalmente abandonaron sus valiosas redes y barcos de pesca y se fueron con Yeshua? Más aún, ¿significa esto que también dejaron a sus esposas e hijos (suponiendo que no fueran hombres solteros) para que se las arreglaran por sí mismos, haciendo que estas mujeres y niños quedaran en la pobreza y que la mera supervivencia se volviera difícil? Aunque no puedo responder esas preguntas con ninguna evidencia definitiva, creo que puedo darles una suposición fundamentada. Y mi suposición es que las barcas y las redes fueron conservadas y quedaron a cargo de familiares. Y en el caso de aquellos nuevos discípulos que tenían familias inmediatas, no habrían hecho algo semejante a simplemente marcharse y dejarlas indefensas. Yeshua no habría esperado que lo hicieran porque eso habría violado el mandamiento más básico de amar al prójimo como a uno mismo.

Dado que estos discípulos trabajarían casi completamente dentro de la Tierra Santa durante los siguientes años, no habrían sido escuchados ni respetados si hubieran hecho algo como convertir a sus esposas e hijos en mendigos sin hogar con el fin de obtener el prestigio de seguir a un Hombre Santo. Por lo tanto, la afirmación de que dejaron inmediatamente las redes y las barcas debe entenderse como una declaración muy general y abreviada acerca de su conexión instantánea con Yeshua y su obediencia inmediata a Su mandato. Indica más bien que, sin vacilación ni reserva, pusieron su ocupación y su vida en segundo lugar después de seguir a Cristo. Sin duda, incluso esto habría tenido consecuencias serias

y habría puesto una gran presión sobre sus familias, aunque solo fuera porque pronto estarían viajando regularmente. Pero este asunto nunca se aborda directamente en los Evangelios, así que realmente no conocemos los detalles ni nada acerca de sus familias.

Sin embargo, quiero aprovechar esta oportunidad para comentar sobre esto porque recibo correos electrónicos con regularidad, generalmente de hombres que sienten un llamado a servir en el ministerio a tiempo completo; y, sin embargo, tienen esposas, hijos y buenos empleos, y hacer este cambio implicaría sacrificio y aceptación por parte de toda su familia. No existe una respuesta perfecta y única para todos ante este dilema. Pero mi consejo es este: recuerden que este no es el siglo I. Nuestra sociedad moderna no es la antigua sociedad judía, por lo que las consecuencias y los desafíos son diferentes ahora que entonces. Idealmente, un hombre o una mujer estará abierto al llamado de Dios al servicio en el ministerio a tiempo completo antes de casarse y formar una familia. O quizá un hombre y una mujer se casen entendiendo que el ministerio a tiempo completo es su destino compartido y, por lo tanto, organicen sus vidas para cumplirlo en algún momento. Puede ser que un hombre ya haya formado una familia y escuche el llamado más adelante en la vida, pero que su esposa esté dispuesta a apoyar de todo corazón su llamado, acompañarlo y aceptar los sacrificios necesarios para alcanzarlo. La historia de nadie será idéntica a la de otro.

Sin embargo, en los casos en que un hombre tiene esposa y familia, con todas sus obligaciones, y la esposa se opone firmemente a un cambio tan profundo, entonces no debería hacerse. Si una persona tiene un nivel de endeudamiento que no le permitiría pagar sus deudas con el probable menor ingreso que generaría el trabajo ministerial, entonces no debería hacerlo hasta que las deudas estén pagadas. Podemos servir a Dios en el ministerio de muchísimas maneras importantes e indispensables sin abandonar completamente nuestros empleos, dar la espalda a nuestras cuentas y deudas, y desarraigar a una familia que no está dispuesta y que sería infeliz.

El llamado que Cristo tiene para nosotros a ser Sus discípulos es, al igual que con los primeros 12, acerca de comprometer nuestras vidas con Él tal como somos. Para muchos, si no para la mayoría de nosotros, eso constituye por sí mismo un cambio radical y requiere un tiempo de aprendizaje y adaptación. Nuestra nueva fe en Él también significa que debemos seguirlo aunque nuestros cónyuges, padres, hijos, amigos y jefes no lo acepten. ¿Significa esto que nuestros cónyuges podrían dejarnos simplemente porque cambiamos, nos arrepentimos y nos

convertimos en discípulos de Cristo y adoradores del Dios de Israel? ¿Podría suceder que perdiéramos nuestros empleos por ello? Sí, así es, y personalmente conozco casos en los que ha sucedido. Especialmente si uno es judío en nuestros tiempos, es muy probable que su familia lo rechace y que sea considerado un traidor por ellos y por el judaísmo. Pero como dijo Yeshua:

CJB Lucas 14:26 26 «Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, sí, y aun su propia vida, no puede ser mi talmid.

Muchas personas escuchan en este versículo lo que quieren escuchar y, con demasiada frecuencia, pasan por alto la frase clave «y aun su propia vida». Piensan en este versículo como si Jesús estuviera sugiriendo severamente que un nuevo creyente debería estar dispuesto a volverse contra su familia y despreciarla por causa del Mesías. De ninguna manera es eso lo que se está ordenando. Esto se trata de comprender el costo de seguir a Yeshua y que podemos enfrentar una tremenda oposición. Se trata de entregar nuestra propia vida de tal manera que nada ocupe un lugar más alto que el amor a Dios y a Su Hijo, y la obediencia a ellos. La lealtad a Dios viene primero; todo lo demás necesariamente es secundario. Pablo tiene mucho que decir acerca del matrimonio y la familia para la persona que llega a la fe y ahora tiene que enfrentar algunos de estos dilemas. Pero en todos los casos sugiere que, antes de abandonarlo todo para entrar en el ministerio a tiempo completo, uno debe cumplir con sus obligaciones, matrimoniales y de cualquier otro tipo, y calcular cuidadosamente el costo. Pueden leer algunos de sus comentarios sobre esto comenzando con 1 Corintios 7.

Una nota final sobre este asunto. El versículo 22 dice que los dos hermanos «dejaron su barca **y a su padre**» y fueron con Yeshua. Esto no significa que rompieran su relación con su padre. Significa que el padre estaba pescando con sus 2 hijos en la barca de propiedad de la familia cuando Yeshua se acercó a ellos y ordenó a sus hijos que se convirtieran en discípulos. Simplemente, su padre estaba allí en ese momento; no se nos dice cuál fue la reacción del padre ante este repentino giro de los acontecimientos.

El versículo 23 añade mucho contexto al ministerio de Yeshua si simplemente lo aceptamos. Dice que Yeshua iba por todas partes hablando en las sinagogas porque allí era donde los judíos comunes se reunían para adorar, aprender, tener comunión y recibir información. Se nos dice que proclamaba las Buenas Noticias (o Evangelio) del Reino. ¿Y

cuál es esa Buena Noticia? Típicamente, la mente de un cristiano piensa que predicar las Buenas Noticias debe significar que Jesús les dijo que Él era el Mesías y que debían poner su confianza en Él; pero ese no es el caso en este punto de Su ministerio. Debemos recordar lo que proclamó Juan el Bautista y luego el mismo mensaje que Jesús también proclamó como las Buenas Noticias unos pocos versículos antes. No se trata de que Él sea el Mesías y pueda proporcionar por Sí mismo el perdón de los pecados, sino más bien de que era tiempo de que la gente se arrepintiera porque el Reino de los Cielos estaba cerca. Para los judíos de aquella época, el significado del mensaje de Jesús era que la culminación de los Últimos Tiempos, con todos sus horrores y privaciones, estaba a punto de suceder, y que la llegada de la gozosa restauración prometida era inminente. Dios estaba a punto de expulsar a los romanos de la Tierra Santa y establecer Su gobierno en la tierra como lo está en el Cielo.

Ahora noten la siguiente parte del versículo 23: Cristo iba sanando a la gente de sus enfermedades. Es decir, continuaba viviendo y proyectando la imagen de un **Tzadik**... un Hombre Santo. Por el momento, así era como se permitía que el pueblo judío lo percibiera. Porque (¡aleluya!) había aparecido un Hombre Santo, las noticias acerca de Él comenzaron a extenderse por toda Siria y la gente comenzó a acudir en masa hacia Él incluso desde allí, con toda clase imaginable de enfermedades y discapacidades, incluyendo a aquellos que estaban bajo el poder de demonios. ¿Por qué se menciona Siria? Siria tenía en ese momento una enorme población judía. Siria estaba en la frontera norte de Galilea y el propósito de mencionarla es mostrar hasta dónde y cuán ampliamente se difundió la noticia de este obrador de milagros, incluso hasta la diáspora judía no demasiado distante. También destaca lo que les dije anteriormente: la aparición de un Hombre Santo era poco frecuente y, cuando aparecía uno, las noticias sobre él se extendían como un incendio forestal para que no se perdiera la oportunidad de ser sanado.

Pero también debemos notar lo que Mateo **no** dice. En el versículo 25 se nos dice que toda esta gente venía de lugares como Galilea, las Diez Ciudades (la Decápolis), la ciudad capital de Jerusalén, la provincia de Judea al sur e incluso zonas al este del río Jordán. Galilea aparece mencionada en la lista, al igual que Judea; pero ¿por qué no Samaria, que estaba entre ambas? ¿Por qué no se mencionan las importantes ciudades de Tiro y Sidón? Porque Samaria era una provincia mayormente gentil y de población mezclada, al igual que las principales ciudades de Tiro y Sidón. Los gentiles que vivían allí no habrían entendido la naturaleza y la importancia de un Tzadik, que era un concepto puramente hebreo. Además, Yeshua dijo que Él había venido solamente por las

ovejas perdidas de Israel, y Mateo parece decidido a dejar claro este punto mediante la lista de los lugares de donde procedían estos miles de judíos. Los gentiles estaban fuera del alcance de Yeshua por el momento. Por lo tanto, aquellas multitudes que venían para ser sanadas y escuchar un mensaje de esperanza estaban compuestas casi enteramente por judíos.

Lo que hemos estado leyendo en los últimos versículos acerca de las enormes multitudes que acudían a Yeshua en busca de sanidad y esperanza es el prefacio de lo que viene a continuación: el Sermón del Monte. ¿A quién creían que venían a ver y con qué propósito habían venido? Venían a ver al **Tzadik** que obraba milagros. Algunos venían por sanidad física, otros venían por Su mensaje que les hablaba de esperanza en los Últimos Tiempos y, algo sumamente importante, de la única manera de estar en una relación correcta con Dios como preparación para ello.

Pasemos al capítulo 5 de Mateo.

LEER TODO EL CAPÍTULO 5 DE MATEO

Este capítulo es apenas el comienzo del tratado de 3 capítulos de Mateo sobre lo que ocurrió y lo que Cristo dijo en Su discurso fundamental, pronunciado desde lo alto de una colina en Galilea y dirigido a un amplio espectro de Su pueblo, los judíos. ¿Por qué es esto tan importante para Mateo que le dedica tanto tiempo? Porque, para Mateo, el creyente judío, todo lo que Yeshua dice tiene que ver con la Torá y la Ley de Moisés.

Los primeros 10 versículos son llamados, en la tradición cristiana, las Bienaventuranzas. Me parece interesante que, aunque son apenas los primeros versículos del extenso Sermón del Monte, el cristianismo las haya separado como si fueran un asunto no relacionado con lo que sigue. No es diferente de lo que la Tradición cristiana también ha hecho con los 10 Mandamientos que, aunque son apenas los primeros de cientos de otros mandamientos que Dios dio por medio de Moisés, el cristianismo también los ha separado como si no tuvieran conexión con lo que sigue. Claramente, tal separación y distinción no era la intención de Dios, de Moisés, de Cristo ni de Mateo, ni deberían los creyentes tomarlo de esa manera. Más bien, estos primeros versículos del capítulo 5 representan las palabras iniciales de Yeshua... una especie de preámbulo... que, como hace cualquier buen líder o orador, reconoce exactamente quién es Su audiencia. Sin duda, si estuviera hablando a la élite entre los judíos, a los saduceos del Templo y a los escribas de las sinagogas, por ejemplo, estas

no habrían sido las palabras descriptivas que habría escogido.

Comenzaremos a descubrir las diferentes capas de este Sermón del Monte la próxima semana.